
UNA NOTA SOBRE VARIANTES EN LAS MEMORIAS DE CASANOVA Y LA COLONIZACION DE SIERRA MORENA

Por Juan Velarde Fuertes

El tema de la estancia de Casanova en España ya fue estudiado en un artículo publicado por *Revista de Occidente*, y no merece la pena volver sobre el asunto (1). Dentro de esta estancia del famoso aventurero resulta interesante conocer su red de amistades, que se liga posiblemente con los primeros balbuceos de la Orden de la Francmasonería en España. Ese tema ya lo he tratado en otro contexto. Pero al manejar los originales de Casanova, tan alterados en unas u otras ediciones, me he encontrado con unos datos que me interesa destacar en medio de esta «serie de embrollos, enigmas, o incluso de imposturas» de que habla el casanoviano Robert Abirached (2).

Uno de los puntos más complicados es el de la fidelidad de las diversas versiones de las *Memorias* del caballero veneciano. El que Busoni —como sostiene Elio Zorzi (3)— hubiese tenido a su disposición un manuscrito nuevo, pues no se trata su texto de una simple versión de la de Wilhelm von Schütz —editada por Brockhaus en 1828— a través de su versión al francés por Jean Laforgue, sino de otra cosa, tiene gran importancia para nosotros. Esta tesis, respaldada por René-Louis Doyon y Fernand Fleuret, nos llevaría al tema de qué opinó Casanova en realidad sobre la colonización de Sierra Morena.

(1) J. F. H. Adnesse, con su trabajo *Casanova à Madrid*, en *Pages casanoviennes*, J. Fort, París, 1925, debe ser consultado. Gregorio Marañón, que se ocupó más de una vez, y con dureza por cierto, de Casanova, no investigó estos temas.

(2) En *Avertissement*, a las *Memories de Casanova*, Bibliothèque de la Pléiade, NRF, 1958, tomo I, pág. XLV.

(3) En *Introduction aux notes*, en *Memoires de Casanova*, Bibliothèque de la Pléiade, cit. tomo I, págs. 1080-1081.

Formulo una primera hipótesis. Casanova, en principio escribe lo que opina, pero su afán por revisar su manuscrito le lleva a adulteraciones. Gustav Gugitz tiene como tesis central de su obra clave (4) que las *Memorias* de Casanova no son más que un tejido de mentiras. No creo esto, sino que opino que el lapso de tiempo transcurrido le lleva a vacilar en afirmaciones importantes, y como consecuencia, en un original dice una cosa, y en otro, al corregir el manuscrito anterior, otra. Pero esto me lleva a manejar con especial cuidado la que se denomina edición Paulin-Busoni, o como se la conoce más habitualmente, edición Rozez (5).

Para ver más de cerca este tema utilizo, la citada edición de la *Pléiade*, que permite ver las variantes que sobre la adaptación de Laforgue presentan tanto la edición Schütz como la Rozez o Paulin-Busoni, pero ampliando lo que a ésta se refiere. La *bibliothèque de la Pléiade* no da, en el caso español, toda la importancia que se debe a las variantes, y por ello procuraré puntualizar bien este punto. Por eso, con las alusiones convenientes, pasamos a exponer lo que Casanova sostuvo sobre la decisión de Carlos III de crear las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, así como lo ocurrido allí.

Como es bien sabido, Casanova llegó a España con cartas de presentación de la princesa Lubomirska para el Conde de Aranda. Dejo a un lado las opiniones de Casanova sobre España, sobre Madrid y sobre los españoles. Después de algunas aventuras un tanto extrañas y de haber estado preso en el Buen Retiro, logra tener una entrevista con Aranda. En una cena que da el Embajador de Venecia, Mocenigo, a Mengs, se encuentra con el abate Bigliardi o Beliard, economista, nacido en la Romagna, nombrado por Choiseul Consul General de Francia en España, y destituido en 1771 por sus malversaciones. También asisten el Conde de Campomanes y don Pablo de Olavide (6).

Ya en esta cena Olavide y Campomanes se ponen al lado de Casanova en un tema que había provocado una reconvención de Aranda, enfrentándose con Mocenigo y Mengs. En cuanto a

(4) En *Casanova und Sein Lebensroman*, Strache, Wien, 1921. Esta tesis subyace en las importantes aportaciones sobre el siglo XVIII de Funk Brentano, que fue quien, hace muchos años, me puso por primera vez en guardia frente a Casanova.

(5) La consulto en los seis tomos de las *Mémoires de Jacques Casanova de Seingalt para lui-même*, J. Rozez, Bruxelles, 1876.

(6) En la edición Rozez, tomo VI, pág. 246 lo llama «el sabio Pablo Olivares». Creo que no es error de Casanova, sino de transcripción de Busoni.

Beliardi, en la edición de la *Pléiade* se pone al lado de Casanova (7), y en la *Rozez* (8) se enfrenta con éste. Pero destaca sobre todo el carácter anticlerical de Aranda, Campomanes y Olavide.

En la edición de la *Pléiade* habla, inmediatamente de la cena, de la repoblación de Sierra Morena en los siguientes términos (9): «En la época de la que hablo, el gabinete de Madrid se ocupaba de una bonita operación. Se había atraído de los diversos cantones católicos de Suiza a mil familias para formar una colonia en la bella y desierta región de Sierra Morena, nombre célebre en Europa por las aventuras de *Don Quijote*, la obra maestra de Cervantes. La naturaleza parecía haberse complacido en prodigar a esta zona todas las ventajas: clima delicioso, suelo fértil, aguas puras y abundantes, y en fin, la posición más ventajosa entre Andalucía y Granada; mas a pesar de esto, este bello país, esta región vasta y deliciosa, estaba desierta.

«Deseando cambiar este estado de cosas anormal y casi inexplicable, Su Majestad Católica había decidido hacer el presente, durante un cierto número de años, de todos los productos de las tierras a colonos hábiles y laboriosos. Había, en consecuencia, llamado a suizos, pagánoles el viaje. Estos suizos llegaron, y el Gobierno español les procuró alojamiento y les sometió a una policía temporal y espiritual. Olavide, hombre de espíritu, y de algunas lecturas, apoyaba esta empresa. Conferenciaba con los ministros para poner buen orden en esta nueva población, y para eso contaba con el poder de los magistrados para hacer buena y pronta justicia así como con sacerdotes, con un gobernador, con los artesanos necesarios para hacer construir casas, iglesias y, sobre todo, una plaza para corridas de toros, cosa perfectamente superflua para buenos y sencillos suizos, pero de la que los españoles no conciben que se pueda prescindir.

«En las memorias que don Pablo Olavide había presentado para la mayor prosperidad de la colonia, había dicho muy sensatamente que era preciso evitar todo tipo de residencias monásticas, y daba las mejores razones; pero aunque hubiese demostrado lo plausible de la medida con el compás en la mano, no había sido preciso más para atraerse el odio de todos los frailes y monaguillos de España, incluido el tonto del obispo de la diócesis en la que se encontraba enclavada la colonia. Los sacerdotes

(7) Tomo III, pág. 656.

(8) Tomo V, Pág. 246.

(9) Tomo III, págs 658-659.

seculares decían que Olavide tenía razón, pero los frailes gritaban su impiedad, y la Inquisición, que era frailuna por excelencia, había comenzado ya las persecuciones, por lo que la conversación se dedicó al tema durante la cena.

«Después de haber escuchado en silencio las razones y desrazones, dije, lo más modestamente que pude que, en pocos años, la colonia, fundada con tantos costes, se desvanecía como un humo ligero, por la fuerza de varias razones físicas y morales. La principal que alegué fue que Suiza difiere de todas las naciones.

«Es, dije, un vegetal que, transplantado a un terreno donde no ha nacido, languidece, degenera y muere. Los suizos son el pueblo más generalmente sometido a la nostalgia. Cuando esta enfermedad comienza a hacerse sentir en un individuo, el único remedio es la vuelta hacia el país, hacia la casa, el pueblo, el lago que le ha visto nacer sin lo que languidece, acaece y muere. Sería bueno, creo, añadí, combinar la colonia suiza con una colonia de españoles, con el fin de tratar de mezclarlos mediante matrimonios; sería necesario, al menos en los primeros tiempos, no darles más que sacerdotes y magistrados suizos, y sobre todo, declararlos, inmediatamente, fuera del alcance de la Inquisición en relación con su conciencia, porque el suizo del campo tiene leyes y usos sobre la manera de hacer el amor, inseparable a su naturaleza, cosas que el ceremonial eclesiástico no aprobaría nunca en España, y el menor fastidio a este respecto llevaría inmediatamente a una nostalgia general.

«Mi discípulo que, primero, no había parecido a Olavide más que un juego, comenzó a hacerle comprender que bien podría yo tener razón. Me rogó que escribiese mis reflexiones, y que no le comunicase más que a él las luces que yo tuviese sobre este tema. Se lo prometí, y Mengs fijó el día en que él podría venir a cenar en su domicilio conmigo.

»Al día siguiente de esta cena, hice llevar a casa de Mengs mi pequeño equipaje, y en cuanto me establecí en el domicilio de este célebre pintor, me puse a trabajar sobre el tema de las colonias, tratando la cuestión en cuanto físico y en cuanto filósofo».

Se observa que la descripción de la región se hace en los tonos que yo he calificado muchas veces como propios de los *Laudes Hispaniae*. Más pronto la búsqueda de Busoni va a permitirnos el contemplar otro Casanova, que contempla a la nación que visitaba en términos de *España negra*, como vamos a ver inmediatamente. Es indiferente que tengamos aquí un texto

anterior o posterior. Lo que sí es indudable es que Busoni halló uno diferente. También está claro que la edición Schütz-Laforgue repito, —la de la Pléiade— es tan incoherente como la comparación de los dos textos. Porque «España negra» es este ramillete de textos (10): Comienza por señalar que tras recorrer veinte leguas de buena carrera al salir de Pamplona hacia Madrid, «no puedo decir que encontrase una mala, porque ya no volví a encontrar camino. Subidas y bajadas rápidas, trepidantes. Por ninguna parte el menor indicio que indicase que habían pasado por allí vehículos: tal es Castilla la Vieja». Al indicar la pobreza de los albergues, sin leña ni víveres, recalca: «¡España miserable!» Casi a continuación se lee: «En ninguna parte de Europa se conoce el arte de vivir sobriamente como entre la clase baja española. Dos onzas de pan blanco, algunas castañas o bellotas de alcornoque asadas ... bastan a la existencia de un español.» Creo que esto es el fruto «de una profunda pereza mezclada con mucho orgullo», a lo que se añaden los resultados de la omnipresencia de la Inquisición. Incluso le parece mal el aire de Madrid: «El aire de esta ciudad es malsano para todos los extranjeros porque, puro y sutil, no vale nada para las constituciones un poco corpulentas; no es propicio más que para los españoles que son, en general, delgados, enjutos, secos y frioleros, hasta el punto de que incluso en la canícula no van nunca sin un abrigo, una ancha capa negra para las gentes acomodadas, y un verdadero albornoz árabe para las gentes del pueblo, y sobre todo para el campo.»

En la edición Rozez presenta este tema de las Nuevas Poblaciones ambientado mucho tiempo después, en Aranjuez. Por supuesto que lo hace también en la edición de la Pléiade pero como continuación del texto anterior. Me parece oportuno presentar a dos columnas las analogías y diferencias que encuentro en las dos versiones en torno a este asunto (11):

Ed. de la Pléiade, o Laforgne-Schütz.

«... a mi vuelta a Aranjuez me puse a visitar a todos los Ministros. El embajador de Venecia me presentó al marqués Grimaldi, con el que tuve conferencias respecto a la colonia de Sierra Morena, que iba mal. Le entre-

gué un proyecto, en el que probaba que esta colonia debía componerse de españoles.

«Sí, me dijo, pero España está mal poblada en todas partes y, según vuestro plan sería empobrecer un lugar para enriquecer a otro.

(10) En *Bibliothèque de la Pléiade*, tomo III, págs. 606-612.

(11) Los textos en *Bibliothèque de la Pléiade*, tomo III, págs. 668-669 y en Rozez, tomo VI, págs. 254-255. Véase como el diálogo en la cena con Olavide pasa ahora a la conversación con Grimaldi. No quiere esto decir que no lo haya podido decir Casanova en ambos lados.

«—En absoluto, porque diez habitantes que mueren de miseria en Asturias, no morirían en la colonia más que tras haber producido cincuenta niños. Estos cincuenta niños producirían doscientos, y así sucesivamente.

«Mi proyecto fue enviado a una comisión, y el marqués de Grimaldi me aseguró que, si era admitido, sería nombrado Gobernador de la colonia.»

Ed. de Rozez, o Paulin-Busoni.

«A mi vuelta a Aranjuez, el Embajador me presentó al marqués de Grimaldi, quien me habló ampliamente de la colonia suiza que el Gobierno español había establecido en Sierra Morena. La empresa estaba lejos de prosperar. Todos los colonos perecían en esta llana y árida soledad. Dije al marqués: este proyecto es irrealizable: he ahí una colonia que, dentro de veinte años se habrá esfumado hasta el último hombre. Eso se debe a causas físicas y morales. De todos los pueblos de Europa, Suiza es el que nota más profundamente, no sólo los usos del país sino el mismo suelo. Lo compararía gustoso con una planta que, transplantada sobre tierra extraña, languidece, insensiblemente hasta que llega la muerte. Estas gentes están sometidas a lo que llaman el mal del país, mal conocido por los antiguos griegos con el nombre de *nostalgia*. El único remedio a emplear puede ser el mezclarlos mediante ma-

trimonios, a colonos de otras partes, o a españoles; sería también paso dejarles sacerdotes y magistrados del país y, por encima de todo, ponerlos al abrigo de las asechazas de la Inquisición, porque Suiza tiene hábitos tenaces e invencibles: tal es cierto uso que precede a la solemnidad de las bodas, y que repugnaria ciertamente a la Iglesia de España. En resumen, incité al Señor de Grimaldi a renunciar a su colonia suiza, y a componerla de familias españolas. Me objetó que la población de España era ya demasiado débil, que sería así preciso desguarnecer una región para repoblarla a expensas de otras localidades también poco pobladas. En absoluto, repliqué, porque diez colonos que en Asturias mueren de hambre, producirían cincuenta niños antes de los diez años, quienes darían doscientos en la generación siguiente, y mil en la tercera (12).

Se comenzó la discusión de mi proyecto, y el marqués me aseguró que si tenía éxito, sería nombrado Gobernador de la colonia, recompensa que me apetecía poco, en cuanto que, durante aún mucho tiempo, esta colonia sería una reunión de pordioseros».

(12) En los dos textos aparece esta curiosa serie, que aquí evidencia, que multiplica los términos impares por 5 y los pares por 4.

En la edición, Rozez decía que se ocupaba «de la redacción de este proyecto» cuando el maestro de capilla de la Corte logra que Casanova redacte el libreto de una ópera en un acto —ed. Rozez— o en dos actos —ed. de la *Pléiade*—, que se estrenó para la Corte en Aranjuez. Actuó de *prima donna* la romana Pelliccia (13).

Dejo a un lado el oscuro episodio de juego, deudas y homosexuales que concluye con la estancia de Casanova en España, al ser considerado un pillo por las gentes más destacadas de la

(13) Cfr. ed. Rozez, tomo III, págs. 255-256, y ed. de la *Pléiade*, tomo VI, páginas 669-670.

Corte madrileña. En Madrid, hasta la llegada del aventurero jugador y bribón barón de Fraiture, se dedicó a ultimar el proyecto: «Tuve varias reuniones con el ministro acerca de la colonia de Sierra Morena, y el asunto marchaba tan bien, contra lo que esperaba, que hice mis preparativos para dirigirme a aquellos lugares. Manucci (14), que no cesaba de darme testimonios de la más viva amistad, se proponía participar en el viaje; había puesto en la partida a una joven aventurera, que se hacía llamar Portocarrero, y que decía ser hija natural del difunto cardenal de este nombre; no designaba nunca a Su Eminencia más que con el término filial de *mi padre*. Se la señalaba entonces como la amante del abate Bigliardi», dice la edición Rozez (15). La de la Pléiade lo indica así: «Al otro día cené con el embajador de Venecia, y tuve el placer de oír que en la Corte los ministros y todos los Grandes de España que yo había conocido tenían de mí toda la buena opinión que podía desear. Tres o cuatro días después, el rey volvió a Madrid con la familia real así como los ministros, a los que yo iba diariamente a visitar por el asunto de Sierra Morena, a donde yo me disponía a viajar. Manucci, que continuaba dándome marcas de una amistad sincera, debía acompañarme por placer, con una aventurera que se llamaba Portocarrero, que se decía sobrina o hija del difunto cardenal de este nombre, y que tenía por esta razón grandes pretensiones, aunque no fuese en realidad más que la concubina secreta del abate Bigliardi, cónsul de Francia en Madrid» (16).

Casanova debió haberse hecho grandes ilusiones. Escribe así: «Ocupado por la colonia y por doña Ignacia...» (17), etc. Pero el escándalo Fraiture-Manucci le privó bruscamente de todo su apoyo madrileño. Sólo le quedó el del Conde de Aranda, quien le indica que la enemistad de la Embajada de Venecia arruina los planes anteriores: —«Os dais cuenta de que ya no podéis esperar tener éxito en vuestro proyecto, porque, en el momento en que se plantee el tema de vuestra colocación, el Rey pediría noticias vuestras a vuestro embajador» (18), o bien: —«Veo con pena que debemos renunciar a nuestro proyecto de colonización porque,

(14) El Conde Manucci —prefiero la ortografía de Casanova a la de la Pléiade— era, según Casanova, un joven veneciano que se declaraba amante del Embajador de Venecia en Madrid, Mocenigo. Este era un conocido homosexual.

(15) Edición de Rozez, tomo VI, pág. 269.

(16) Edición de la Pléiade, tomo III, pág. 704.

(17) Edición de la Pléiade, tomo III, pág. 705. Doña Ignacia era su amante madrileña, hija de un zapatero de la calle del Desengaño llamado Diego y novia de un tal Francisco Ramos. El padre de doña Ignacia daba mucha importancia a ser hidalgo.

(18) Edición de la Pléiade, tomo III, pág. 710.

en el momento en que fuese preciso presentaros, Su Majestad, informada de que vos sois veneciano, interrogará al Embajador de vuestra República» (19).

Las puertas de las casas madrileñas se le cerraron a Casanova por completo. Durante un mes dice no haber visto «a nadie en Madrid, salvo a mi valiente zapatero y a su hija; es la única casa de gentilhombre que me quedaba abierta. A pesar de las complacencias de Ignacia, mi permanencia se me hizo insoportable, y pensé en volver a ponerme en camino» (20). En la otra versión suaviza algo las cosas. Señala que después de su conversación con Aranda» tomé el partido de divertirme y de no molestarme por visitar a nadie. Sólo la amistad me llevaba al domicilio de Varnier (21), al duque de Medina Sidonia (22), y al del arquitecto Sabbatini, que me recibía siempre muy bien, así como su mujer ... Seis o siete semanas después de la marcha de Manucci, dejé también Madrid. Fue preciso que me resolviese a hacerlo, a pesar de mi amor por Ignacia, que me hacía completamente feliz y que compartía vivamente mi felicidad, porque, a más de que yo no podía ir a Portugal, de donde no recibía ya cartas, había agotado mi bolsa sin que mi amante hubiese tenido ninguna sospecha (23).

A través, pues, de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, a fines de 1768 todo se había venido al suelo. Los primeros días de enero de 1769, el famoso aventurero ya había dejado España. Pero con ello no había más que comenzado una serie de interrogaciones. ¿Qué papel jugaban Aranda y Olavide por un lado, Varnier por otro, y Bigliardi y Manucci como fondo, junto con Casanova? ¿A qué se debió el súbito hundimiento de Casanova? ¿Volvio a tener contactos con Aranda?.

Un aspecto, pues, de nuestra historia agraria se ve traspasado por la confesión de un aventurero del siglo XVIII. Esperemos que las investigaciones de los archivos españoles y de otras partes nos aclaren más ampliamente algunos de estos aspectos oscuros.

(19) Edición de Rozez, tomo VI, pág. 273.

(20) Edición de Rozez, tomo VI, págs. 273-274.

(21) Domingo Varnier era amigo de Mengs, y empleado de Palacio.

(22) Varnier había sido quién había presentado a Casanova al Duque de Medina Sidonia.

(23) Edición de la *Pléiade*, tomo III, pág. 711.